ACADEMIA DE CIENCIAS SOCIALES Y DEL MEDIO AMBIENTE DE ANDALUCÍA

Discurso de respuesta al de ingreso del

Ilmo. Sr. D. Rafael Miranda Robredo

Ilmo. Sr. D. José Luis Manzanares Japón, Académico

Sevilla, 25 de marzo de 2022

ACADEMIA DE CIENCIAS SOCIALES Y DEL MEDIO AMBIENTE DE ANDALUCÍA

Excmo. Sr. Consejero de Transformación Económica, Industria, Conocimiento y Universidades.

Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia de Medicina y Cirugía de Sevilla.

Excmo. Sr. Presidente del Instituto de Academias de Andalucía.

Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia Sevillana de Ciencias.

Excma. Sra. Presidenta de la Cámara de Cuentas de Andalucía.

Excelentísimos e Ilustrísimos Sres. Académicos.

Sr. Consejero Delegado de Endesa.

Sr. Consejero Delegado de Acerinox.

Sras. y Sres.

Agradezco la confianza de la Academia de las Ciencias Sociales y del Medio Ambiente al hacerme el honor de responder al Discurso de Ingreso del Académico de Número, Ilmo. Sr. D. Rafael Miranda Robredo. Estas ocasiones solemnes de la vida de nuestra Academia sirven para cumplir tres objetivos: disfrutar de la exposición por el nuevo académico de un tema de tanta trascendencia social y medioambiental; dar a conocer la personalidad del Académico que hace en ella su entrada; y aportar a la sociedad reflexiones intelectuales y puntos de vista que justifican nuestra razón de ser.

Esta sesión en particular, se está celebrado en el Salón de Actos de la Real Academia de Medicina, en un edificio lleno de historia y arte que la Academia de las Ciencias Sociales y del Medio Ambiente de Andalucía comparte agradecida con su ilustre y antigua compañera. Es un marco inmejorable para abordar el trascendente tema de la sostenibilidad que ha elegido el Académico Electo y que ambas Academias consideran materia muy influyente en sus respectivos objetivos.

En su discurso sobre *Industria y sostenibilidad* el nuevo Académico ha desplegado un impresionante abanico de consideraciones sociales y técnicas para describir la situación de la sociedad industrial presente, y futura, llenando este Salón de sugerencias enriquecedoras. Excelente inicio de una actividad en el seno de la Academia que recibe con el nuevo Académico de Número un valioso refuerzo para su aportación intelectual a la sociedad.

Mi discurso de contestación versará sobre *Una sostenibilidad decadente,* intentando poner de manifiesto cómo algo tan importante como el cuidado de nuestro futuro puede desvirtuarse hasta ponerlo en riesgo y por qué la ingente labor de gestión industrial de nuestros ingenieros, de los cuales es buen ejemplo nuestro nuevo académico, puede ser capaz de enderezar lo torcido y mantener firme el rumbo que nos guía hacia un mejor mañana.

Antes de entrar en materia, permítanme seguir la antigua tradición de ofrecer algunos rasgos biográficos del nuevo Académico, presentación ociosa tratándose de una personalidad de tan gran prestigio nacional.

Rafael Miranda nació en 1949 en Burgos, ciudad castellana que imprime carácter y hace de sus hijos gente luchadora, noble y amante de su patria chica. Puedo dar fe de que el nuevo académico ejerce de ello.

Hombre muy familiar, casado con Maite, padre de Gonzalo, Rafael y Patricia, y abuelo que presume de sus nueve nietos, a los que muestra en su imagen telefónica haciendo gala del sentimiento de familia unida y bien cimentada.

A la hora de hablar de su currículum citaré primero su perfil como persona, para mí el más importante, y después esbozaré su profunda e impresionante componente profesional.

Los que lo conocen bien afirman que es muy trabajador, buen conversador, simpático, afable, de mirada clara y firme, alegre y con don de gentes, porque sabe escuchar. Es amigo de sus amigos, enarbola permanentemente la bandera de la ayuda mutua y se hace querer por todos. Trabaja como el que más, pero también sabe descansar y divertirse con la caza y el mar.

Rafael Miranda es Ingeniero Superior Industrial por la Universidad Pontificia de Comillas (ICAI). Y diplomado en Métodos Cuantitativos de Gestión por la EOI.

Es de esos ingenieros excepcionales que dedica su vida profesional a la difícil labor de gestionar grandes empresas. Comandante de grandes equipos, ha visto siempre el éxito asociado a su tarea.

Ha sido un dirigente muy precoz. Antes de cumplir los cuarenta años ya ocupaba el primer puesto ejecutivo de ENDESA. Desde el año 1987 al 1997 fue su Director General y de 1997 al 2009 su Consejero Delegado. Durante ese periodo presidió o vicepresidió diversas corporaciones industriales y sociales: FECSA, ENERSIS, AGUAS DE BARCELONA, CLUB ESPAÑOL DE LA ENERGIA o EURELECTRIC entre otras.

Rafael Miranda ha desempeñado un papel crucial en la modernización del sector eléctrico español siendo una de las voces más respetadas del mundo empresarial. Durante su mandato de veintitrés años al frente de Endesa, la compañía multiplicó su tamaño por diez, se privatizó y resolvió su proceso de internacionalización.

Su prestigio y vocación de servicio a la sociedad lo han llevado a presidir instituciones como el Consejo Social de la Universidad de Burgos o la APD. También ha sido consejero de sociedades tan relevantes como ACS, AUNA, SAICA, PARKIA o HISPANIA.

Actualmente preside el Consejo de Administración de ACERINOX, una multinacional española del sector del acero inoxidable. Considerada como la empresa más competitiva a nivel mundial, tiene una importante cuota del mercado del acero inoxidable global, siendo líder en producción y ventas en el mercado de los Estados Unidos. Tiene fábricas en Norteamérica, España, Sudáfrica y Malasia, y presencia física con centros de servicio y almacenes en 36 países, comercializando sus productos en más de 80.

Nuestro nuevo académico posee dos Grandes Cruces: la de la Orden del Mérito Civil y la de Isabel la Católica. También es comendador de la Orden de Bernardo O´Higgins de Chile y no oculta su orgullo por haber recibido el premio Javier Benjumea de los ingenieros del ICAI.

En definitiva, Rafael Miranda es uno de los grandes hombres de nuestro país y es un gran honor para nuestra Academia el que haya aceptado formar parte suya. Yo me siento muy honrado al recibirlo como compañero y mucho más al haber sido designado para contestar a su discurso, a pesar del imposible reto de tener que estar a su altura.

La exposición que acabamos de escuchar no solo es espléndida, también es realista y sincera. Describe la épica de la difícil gestión de las grandes empresas para poder servir a la sociedad, sobrevivir y crear riqueza en un mundo cada vez más complejo en el que las instituciones públicas ejercen un gran poder, imponen normativas, buscan

intereses no siempre acertados y convierten la labor de la gestión industrial en un arte que ha de recurrir con frecuencia al milagro.

El mundo está lleno de despachos de dirigentes dedicados a ordenar la sociedad para hacerla más justa y eficiente, donde la buena voluntad de aquellos que los ocupan tropieza con frecuencia con doctrinas, consignas e imposiciones políticas que en muchos casos conducen a regulaciones erróneas que imposibilitan una gestión eficaz de recursos y empresas. Aquellas disposiciones que aparentemente traerán el beneficio social pueden conducir paradójicamente con frecuencia a la ruina. Y todo ello porque es muy difícil regular desde una nación los agentes económicos en un mundo cada vez más globalizado y complejo. Y mucho más cuando a veces se acude al nombramiento como dirigentes de personas sin preparación acreditada. Es cierto que cualquiera puede tener derecho a ser político, es inevitable que los partidos prioricen la unión y confianza de sus miembros, pero el pueblo se merece que solo lo dirijan los mejores.

Como de nada sirve lamentarse, el gran directivo no se desespera, observa el territorio, anota los escollos y aplica su ingenio a sortearlos. Hoy día, gestionar una empresa tiene mucho de carrera de obstáculos, no solo comerciales y económicos, sino también sociales y políticos. El discurso que nos ha ofrecido Rafael Miranda es toda una lección de cómo se deben afrontar estas dificultades para alcanzar el éxito que caracteriza a su gestión.

Su discurso, Industria y sostenibilidad, ha estado dividido en tres partes:

1. La primera ha sido una **introducción** en la que ha descrito el impacto empresarial de la lucha contra el cambio climático;

2. En la segunda, **empresas industriales y sostenibilidad**, ha realizado un análisis de la situación estratégica de las empresas multinacionales, que han de compatibilizar los marcos de la globalización y la regionalización con los propósitos empresariales.

3. Y en la tercera, **el rol de la industria en la sostenibilidad**, ha aceptado los dictados de las tesis oficiales de la sostenibilidad, como no puede ser de otro modo, y nos ha instruido sobre el papel y modos con que deben actuar las empresas industriales para hacerlas compatibles con los objetivos que los diferentes países han trazado para su política ambiental.

Es evidente que los gestores empresariales no pueden permitirse ser los agentes adecuados para mostrarles a sus dirigentes públicos cuándo están equivocados. Por eso, lo inteligente es adaptar sus empresas a esos requerimientos y hacerlas rentables económica y socialmente a pesar de ellos. En ese sentido no cabe duda de que el discurso de Rafael Miranda es brillante, inteligente, modélico y debe servir de guía al mundo de la empresa para enseñar a navegar por el proceloso mar de las complejas consignas políticas.

Ahora toca a este académico responder para abrir el debate intelectual que corresponde al ámbito de una Academia. Este es un lugar para reflexionar, proponer e intentar influir en las opiniones de los que tienen que decidir. Por eso me van a permitir que mi respuesta cometa la osadía de complementar las palabras de Rafael Miranda, a pesar de que me parecen perfectas en boca de un presidente de una empresa que ha de triunfar en un mundo muy complejo. Lo haré en mi condición de académico y no de empresario, donde siempre me expresaré en términos similares a los suyos y suscribiré hasta la última de sus comas.

Por eso, y porque me siento muy crítico intelectualmente con el uso que hace la sociedad europea actual del término sostenibilidad me van a permitir que reflexione sobre cómo se está convirtiendo algo sublime en una doctrina que practica justamente lo contrario de lo que persigue.

Hace trece años tuve el honor de ingresar en esta Academia con un discurso titulado «Un mundo sostenible». En él defendía la sostenibilidad como una obligación colectiva de garantizar a las nuevas generaciones el disfrute de los recursos y calidad de vida que posee el actual primer mundo. Para ello, el ser humano debería apoyarse en una justicia social planetaria, la protección inteligente de nuestro entorno natural y un desarrollo permanente basado en la ciencia y la tecnología. Terminaba diciendo:

> *Algo me impulsa a seguir en la conquista del desarrollo sostenible: el sueño de un nuevo mundo, cuidado y bello donde los nietos de mis nietos convivan en paz y armonía con los nietos de los nietos de los que hoy pasan calamidades, y recuerden juntos que si disfrutan de un mundo amable es porque se lo crearon sus abuelos.*

En mi exposición veía dos riesgos que podían poner en peligro ese objetivo: el ecologismo radical y la decadencia de Occidente. Y alertaba para que el mundo científico y los dirigentes sociales supera-

ran ambos riesgos. Hoy, trece años después, el balance es desalentador. La opinión pública occidental ha sido conquistada por las tesis radicales y Europa está inmersa en un grave proceso decadente. Fruto de esta situación es la tensión que vive la industria, como brillantemente ha expuesto el nuevo académico, y la debilidad económica de nuestro continente ante el empuje de los pueblos orientales.

Permítanme que recuerde las bases de mis afirmaciones y que intente plantear el problema en sus justos términos.

El ecologismo radical sitúa al ser humano como agresor de una Naturaleza que tiene derecho a permanecer inmutable y no ser perturbada por nuestra actividad. Hasta la simple modificación estética del paisaje por la construcción de un embalse o un puente es considerada como una agresión intolerable. Su voz exigente suena amenazadora para los discrepantes como lo fue las de los viejos profetas que culpaban de las enfermedades a los pecados del hombre o llevaban a la hoguera a quienes defendían la ciencia.

¿Lleva razón esta tesis tan comúnmente aceptada? Basta con mirar a nuestro alrededor y recordar la historia de la Tierra para tomar conciencia de su inmenso error.

Nuestro planeta tiene más de cuatro mil millones de años de antigüedad. A lo largo de ese tiempo ha sufrido cambios permanentes y drásticos. Ha pasado de estar cubierto por el fuego a ser el maravilloso territorio actual. Se ha convertido varias veces en una bola de hielo y transformado otras tantas en un vergel. Ha tenido épocas con los continentes congelados y los océanos cien metros por debajo de su cota actual. En otras no ha existido el hielo estival y el mar ha alcanzado el nivel que conocemos. No cabe la menor duda de que el cambio es consustancial con la naturaleza y el afán de los radicales en convertirla en un escenario intocable de un edén imaginario solo es un profundo desconocimiento de la realidad.

Cuando hablamos de cambio no me refiero a la contaminación. Usar la tierra como un estercolero no es lo mismo que construir un canal que convierta un secano en regadío. Es obvio que hay que mantener al planeta libre de la basura y, como dice nuestro nuevo académico en su discurso al hablar de la economía circular, son la técnica y el desarrollo las armas fundamentales para lograrlo.

¿Y qué pasa con los seres vivos? A lo largo de los últimos mil millones de años la naturaleza ha creado centenares de millones de especies vivas. Hoy se estima que solo subsisten algo más de un millón. ¿Cómo es que ha desaparecido el resto? Desde luego no ha sido por causa del hombre. El *homo sapiens* inició su andadura hace solo

ciento cincuenta mil años. Ayer, en términos geológicos. Antes han ido apareciendo y extinguiéndose por causas puramente naturales. La Naturaleza las alumbra y la propia Naturaleza las destruye.

Es fácil observar que la Creación es muy exigente con sus criaturas. Las crea, les proporciona la posibilidad de lograr, si se esfuerzan, todos los recursos necesarios para su subsistencia, e inmediatamente después comienza a ponerlas permanentemente a prueba con un medio ambiente absolutamente hostil. Su objetivo es siempre la selección por aptitud. Aquellas especies capaces de superar la hostilidad ambiental subsisten, las que fracasan son borradas de un plumazo. El ejemplo de los dinosaurios incapaces de adaptarse a un nuevo entorno vital es recurrente a la hora de establecer las relaciones de la madre Naturaleza con sus especies.

¿Para qué las crea? No se sabe, pero se intuye. Si miramos a nuestro alrededor, observamos la existencia de especies destinadas a mantener la atmósfera y otras a servir de alimento. También existen las depredadoras, concebidas para agredir, multiplicando la hostilidad ambiental, pero regulando el equilibrio en el crecimiento de las poblaciones.

Todas ellas son hostigadas para estimular su progreso. ¿Cómo lo hace la Naturaleza? Casi siempre poniendo difícil el acceso a los recursos necesarios para la vida. Paralelamente suele enfrentar a unas especies con otras convirtiendo la existencia en una batalla permanente. Por si fuera poco, cada día cambia las reglas de juego. Gran parte de las hostilidades están promovidas por cambios climáticos que modifican las condiciones del hábitat y ponen a prueba a sus habitantes.

Gracias a Milankovic sabemos que la evolución periódica de la inclinación del eje terrestre respecto al plano de la eclíptica es la que ha traído y traerá las glaciaciones o las épocas cálidas intermedias. La forma de cómo nos llega la radiación solar influye decisivamente en el reparto temporal y espacial de temperaturas y el correspondiente ciclo hidrológico. Los seres vivos han de aclimatarse permanentemente a las reglas que un clima en constante cambio impone. Con esa perspectiva es paradójico observar que llevamos siglos defendiéndonos a duras penas del todopoderoso clima para que ahora nos empeñemos en defender al pobre clima del hombre.

La hostilidad ambiental parece programada. Cada vez que una especie supera una prueba, aparece inmediatamente detrás una nueva que mantiene la tensión por sobrevivir. Los seres vivos jamás se encuentran en paz. Siempre tienen un nuevo problema que resolver. Si

unas hormigas levantan un hormiguero para protegerse de sus agresores, una riada lo inunda y las empuja a construir otro a cotas más altas, que después sufrirá nuevos tipos de agresiones.

Nuestra propia humanidad no para de enfrentarse a nuevos problemas que la ponen en riesgo de desaparición. Cada pocos años sufrimos hostilidades globales que se superponen a las cotidianas. Cuando habíamos superado la crisis económica del 2007, aparece el COVID-19. Una vez que este comienza a batirse en retirada, la ambición de Putin vuelve a trastocarlo todo…

Vista así, la Naturaleza es una fábrica de inteligencia que busca la propagación de la vida con seres cada vez más fuertes y capaces de convivir complementariamente con otros sin los cuales serían incapaces de subsistir.

En mi último libro, Qué somos, que pretende osadamente establecer las bases científicas de la realidad, sugiero que todo esto podría ser compatible con una naturaleza digital, programada con las reglas de un inmenso videojuego, que persiguiera la extensión de la vida por todo el universo.

¿Y qué papel juega el ser humano en este escenario? El ecologismo radical nos niega nuestra condición de natural. Somos una especie agresora de la débil Naturaleza que necesita que la defiendan de nosotros. Sirva como muestra la afirmación del famoso biólogo Garret Harding en su libro, La tragedia de lo común, «La especie humana, vista en su conjunto, ha sido un desastre para la Tierra».

Pero nos guste o no, somos una especie animal más, formamos parte inseparable de una Naturaleza, que es capaz de borrarnos de un plumazo. Somos mamíferos, carnívoros y gregarios, sometidos a una hostilidad ambiental permanente, y nuestra obligación natural para la que hemos sido creados es superar las dificultades que cada día nos impone la vida. Renunciar a ello sería antinatural y significaría el suicidio de la especie.

El ser humano posee dos componentes vitales, una, material, que constituye su físico y otra, abstracta, que da soporte a su espíritu. Probablemente todas las especies compartan esa doble estructura, aunque nos creamos que la capacidad abstracta de la humanidad supera con mucho a la del resto de la Creación. ¿Podemos asegurar que los virus o las bacterias no tienen inteligencia?

El componente abstracto de la realidad no es perceptible por los sentidos. Se atribuye al soporte físico del cerebro, pero solo existe la evidencia científica de su relación química y biológica con determinadas actividades que relacionan el espíritu con la materia. Tras siglos de

investigación nos sigue faltando todo el conocimiento de la naturaleza y ubicación de la mente. Así que no podemos justificar la exclusividad de nuestra capacidad espiritual.

El actual mundo digital nos enseña que es posible albergar en una nube imperceptible por los sentidos toda la inteligencia que gobierna la existencia. ¿Quién nos dice que el ejército inmenso de virus que nos ataca no comparta también una mente abstracta e indetectable que lo dirija?

Lo que sí sabemos es que la mente humana es capaz de pensar, imaginar, desear, soñar, estudiar, comprender, crear, transmitir y movilizar a sus congéneres.

Gracias a ella creamos sociedades, dirigimos conductas, observamos el comportamiento natural, conocemos las variables físicas, las relacionamos mediante ecuaciones que justifican los cambios naturales, inventamos artefactos para hacer más amable una existencia castigada por la hostilidad ambiental y, en definitiva, al conseguirlo, progresamos.

Somos capaces de vencer a la hostilidad ambiental sin dañar al medio, aunque también podamos errar contaminando o destruyendo hábitats. Sin embargo, solo hay que mirar a nuestro alrededor para comprobar cómo las sociedades desarrolladas se preocupan de descontaminar, depurar y cuidar del medio ambiente. El desarrollo es sinónimo de protección ambiental mientras que la degradación del entorno es compañera habitual del subdesarrollo.

La inquietud intelectual por la sostenibilidad solo ha aparecido cuando el hombre ha progresado y ha incorporado la industria a su existencia. Digan lo que digan, la ecología es hija indiscutible del desarrollo.

La componente espiritual del hombre ha contribuido a su éxito como especie y le ha ayudado a superar la hostilidad ambiental. Gracias a ella, hemos pasado en solo diez mil años de vivir como nómadas errantes a disfrutar de ciudades, comodidades, salud y superar cada una de las pruebas a que nos somete la Naturaleza.

Cuando nos acusan de modificar al intocable medio ambiente ignoran que solo estamos participando en el juego permanente a que nos somete la Creación. Es cierto que nuestra especie encierra un peligro tremendo. Una ambición personal es capaz de provocar la extinción de la vida humana, como estamos viviendo estos días en Ucrania. Pero no somos la única especie peligrosa. También los virus son capaces de extinguir la vida en el planeta. Nuestro peligro potencial no nos quita la condición de hijos de la Naturaleza.

El espíritu convierte al individuo en protagonista decisivo de la humanidad. Aunque cada uno de nosotros se pierda en una masa de miles de millones de especímenes, nuestra mente es capaz de otorgarnos un inmenso poder espiritual a la hora de organizar el devenir de la especie. El carácter gregario impreso en nuestros genes nos impulsa a estructurarnos tribalmente. El espíritu de superación de la hostilidad ambiental nos empuja a organizarnos colectivamente. Surgen así sociedades, naciones y estructuras supranacionales.

Juntos somos más fuertes. Juntos progresamos, inventamos y nos desarrollamos. Nuestro componente espiritual es sin duda mucho más trascendente que el material.

Es obvio que la Naturaleza no solo es madre de la materia. También lo es del espíritu. Ella no solo ha creado nuestra parte física, también lo ha hecho con el componente abstracto de la existencia. Por tanto, su política de generar hostilidades que nos pongan permanente a prueba no solo se limita a enviarnos cariñosamente sequías, terremotos, incendios, volcanes o plagas, también hostiga nuestra mente. La ambición, el egoísmo, la envidia o los miles de complejos que pueden nacer en lo más profundo de nuestras conciencias, convierten a la existencia diaria en una batalla constante para vencer a la hostilidad espiritual. Una lucha doble y simultánea. Individual, para equilibrar nuestro espíritu, y también colectiva, para defender a nuestra sociedad.

De todas las agresiones intelectuales colectivas la más difícil de vencer es la decadencia, porque afecta a sociedades enteras y sus consecuencias son fatales. A lo largo de nuestra historia grandes imperios y civilizaciones han desaparecido de un plumazo por su culpa. Antiguos palacios levantados en honor de unos dirigentes vencedores de batallas, conquistadores de pueblos y artífices del bienestar de millones de súbditos, son hoy ruinas abandonadas batidas por los vientos del desierto.

¿En qué consiste la decadencia? Es fácil de explicar. Los seres humanos que han sabido superar las pruebas hostiles naturales a lo largo de décadas se cansan de pelear, convencidos de que ya no necesitan seguir batallando. El triunfo logrado los ciega, los éxitos los engañan, se creen omnipotentes y dejan de luchar. Pero la hostilidad ambiental que continúa, y no para jamás, se aprovecha de ello para derrotar a la sociedad decadente que ha bajado la guardia y la precipita al desastre.

Vivimos una Europa decadente. Nuestros gobernantes se ven obligados a vendernos la idea de que ya tenemos derecho a disfrutar de un bienestar que nos hemos ganado de sobra. Compiten con sus

rivales presumiendo de ser quiénes garantizan mayor bienestar. Difícilmente se ganan unas elecciones diciendo que habrá que sacrificarse porque vienen tiempos duros.

El mensaje decadente es terrible. *Ya no debemos luchar cada día porque el Estado nos garantiza la mejor de las subsistencias*. Y el político que no lo asegure no saldrá elegido, porque su rival sí lo hará.

De esa manera nos hemos ganado para siempre una enseñanza gratuita que nos dará títulos sin estudiar ni tener que aprobar, una sanidad pública universal, pensiones que nos mantendrán gran parte de nuestra vida, subvenciones para el que no encuentre el trabajo que le apetezca, o un ocio garantizado como objetivo vital. La cuestión es darle una patada al balón hacia adelante y que el que venga detrás, resuelva el problema.

Paralelamente hemos elevado a dogma la tesis conservacionista del ecologismo radical. Ya no se pueden hacer embalses porque agreden al sacrosanto ciclo hidrológico, aunque dejemos con eso de luchar contra la sequía, frenemos una agricultura competitiva y propiciemos el abandono del campo; ahora solo se puede utilizar energía bendecida como verde porque las de otros colores dañan a la naturaleza; tampoco debemos cazar o comer carne, porque es agredir a nuestros colegas animales que tienen derecho a que los dejemos en paz; las vías de comunicaciones destrozan hábitats naturales, así que no deben construirse o hay que enterrarlas cuesten lo que cuesten.

Obviamente existen sociedades humanas no decadentes que hacen caso omiso de las falsas doctrinas ambientales. No hay que ser muy inteligente para adivinar un final de siglo veintiuno en el que las sociedades enfermas habrán fracasado si no reaccionan a tiempo y contemplarán la hegemonía de las que continúan luchando contra la hostilidad ambiental.

Y quizá la mayor demostración de la crisis de decadencia que nos amenaza esté en esa nueva religión denominada cambio climático que ha pasado de ser una alarma científica a la gran reguladora de la industria y la energía en aquellos países que cuentan con gobiernos entregados a una causa que carece de rigor científico y que, para colmo, su solución no depende de ellos. Gran parte del excelente discurso de ingreso que acabamos de escuchar está dedicado al impacto tremendo que está causando ese temor colectivo en la gestión empresarial.

Resulta asombroso que una gran parte del mundo civilizado se trace como objetivo descarbonatar la atmósfera tratando al anhídrido carbónico, CO_2, como si fuera un elemento contaminante. Se trata de

un gas tan necesario para la vida como el oxígeno. Es parte fundamental de la transmisión del carbono a través de la respiración de plantas y animales. La vegetación, sin la cual no existiríamos, es proporcional al CO_2 atmosférico.

Solo la incultura científica, la presión mediática, el temor político a perder votos o los intereses económicos de determinadas organizaciones pueden explicar este absurdo tratamiento de algo tan fundamental para nuestra existencia. A fin de cuentas, hay que culpar a la decadencia que padecemos de tamaña sinrazón.

¿Por qué ha trascendido este sinsentido hasta convertirse en una nueva religión, como apunta nuestro nuevo académico? Todo es debido a una nueva hostilidad ambiental. La naturaleza genera sistemáticamente amenazas sociales a través de la figura de los falsos profetas. Han aparecido en todas las culturas y en todas las épocas obstaculizando el comportamiento de los hombres que pretenden actuar en defensa de la selección por aptitud. Siempre han existido profecías que auguraban el fin del mundo, castigos divinos, y búsqueda de culpables. Siempre han aparecido profetas que se han lucrado y ejercido el poder a base de amedrentar al pueblo.

No hace mucho, hemos padecido los terrores a la lluvia ácida y al agujero de la capa de ozono. Ambos han sido sustituidos por el cambio climático cuando el estado de nuestros bosques no se ha resentido o el ozono ha recuperado su estatus habitual sobre el polo sur. Cuánto dinero empleado, cuántas fabricas cerradas, y cuánto miedo pasado sin justificación alguna. Ahora ya nadie lo recuerda porque toca angustiarse con el clima.

¿De dónde viene la leyenda climática? El CO_2 es un gas muy minoritario en la atmosfera, solo ocupa cuatro partes de cada diez mil. Es un elemento cuya presencia está en permanente cambio a causa de las respiraciones de los seres vivos, el día y la noche, su dilución en el océano, y la situación meteorológica del territorio sobre el que circula. Es muy difícil de medir, y la información sobre sus valores reales es tan escasa y puntual que su extrapolación al planeta entero resulta muy discutible.

En 1958, Charles David Keeling diseñó un sistema de medida del CO_2 atmosférico y lo implantó en el observatorio de Manu Loa en Hawái. Tras veinticinco años de lecturas observó que el carbónico atmosférico había crecido un diez por ciento de forma prácticamente lineal. Publicó un artículo en el que correlacionaba esa subida con el incremento del consumo de combustibles fósiles por el ser humano. Sugería que bien podrían estar relacionados. Esa sugerencia abrió la puerta a

un nuevo riesgo para una humanidad que se siente siempre amenazada y por ello tiende a calificar de peligrosa cualquier anomalía.

En 1988, el Dr. James Hansen, profesor adjunto de la universidad de Columbia, anunció en un comité del senado de los EE.UU. una nueva catástrofe planetaria: el calentamiento global. El CO_2 estaba creciendo alarmantemente por culpa de la humanidad y con él lo haría el efecto invernadero elevando incontroladamente la temperatura de la Tierra hasta provocar efectos terribles para la vida.

Coincidiendo con la caída del muro de Berlín, la humanidad cambiaba el miedo a la hostilidad de la guerra fría por el pánico a un mundo caliente. Ese mismo año las Naciones Unidas crearon el IPCC, un comité de expertos, que no de investigadores, encargados de comprobar en la futura literatura científica mundial si ese temor se materializaría con el paso del tiempo.

Desde el punto de vista científico, se trataba de una alarma de muy bajo riesgo. El CO_2 atmosférico contribuye al efecto invernadero, ayudando a convertir el planeta en un territorio templado. Gracias a ello disfrutamos de una temperatura media de 16º C, en lugar de los 18 bajo cero que tendríamos si no existiera la atmosfera. Pero no tiene fundamento científico alguno relacionar linealmente el volumen de anhídrido carbónico con esa temperatura.

Se estima que las moléculas de CO_2 absorben un 14% de la energía enviada por el Sol, y se ha comprobado que prácticamente solo lo hacen calentándose con la radiación de trece micrómetros. El gran componente del abrigo atmosférico es el vapor de agua que regula el 86% de la protección térmica y lo hacen con toda la gama radiante. Con ambos, el planeta está muy abrigado. De los 341 vatios por m^2 que envía el Sol a la Tierra solo 40 escapan actualmente al efecto invernadero, y lo hacen porque están en la radiación de los diez micrómetros. Por tanto, el calentamiento adicional que podría proporcionar el nuevo CO2 no es predecible ni probable. Pero lo razonable es que no pueda ser muy notable.

La otra cuestión es evaluar el impacto que pudiera causar ese calentamiento global, aunque fuera escaso, en las condiciones de vida de la humanidad. La experiencia histórica pone de manifiesto que han existido épocas de una Tierra más caliente que la actual sin consecuencias catastróficas. Más bien se creó con ello un ambiente más amable. En el siglo IX, Groenlandia no estaba congelada, sino que era un vergel que permitió la llegada de los escandinavos a colonizar América. Su nombre de Tierra Verde así lo acredita.

El nivel de la pleamar en Sevilla era entonces idéntico al actual.

En cualquier caso, aunque la amenaza de calentamiento global sea remota, tenía sentido someter al CO_2 y a la temperatura media terrestre a observación. El IPCC y los meteorólogos se encargaron de seguirles la pista.

Desgraciadamente la amenaza trascendió a los medios de comunicación y el mundo se llenó de voces alarmistas que veían catástrofes por todos lados por culpa del hombre empeñado en consumir combustibles fósiles. El pobre oso polar y las riadas dramáticas pasaron a ocupar espacios destacados en las noticias. Prestigiosos presentadores de televisión acusaron y siguen acusando a cada nueva gota fría de ser inédita en la Historia cuando los expertos saben que los records máximos registrados pertenecen al siglo XIX.

En los últimos treinta años el IPCC ha dado la sensación de no ser un observador neutral sino de convertirse en una organización que ha tratado de demostrar que el planeta se estaba realmente calentando de forma anómala. No ha conseguido hacerlo con rigor científico. Ha eliminado de la evaluación a un hemisferio Sur que se ha enfriado y donde la Antártida ha aumentado de superficie. Ha añadido en las comparaciones a la temperatura oceánica, de la que no existen datos fiables antiguos, y alterado con ello la media histórica. No ha publicado los datos usados para medir la temperatura global. A pesar de todo ello, estima solo en medio grado el incremento de la temperatura atmosférica en las últimas décadas.

Tampoco ha obtenido ninguna correlación entre temperaturas y CO_2. Cabría suponer que el crecimiento de CO_2 detectado en Hawái fuera paralelo a un incremento de temperaturas, pero no fue así. Hubo un notable enfriamiento durante los treinta años de crecimiento del CO_2 de la curva de Keeling. El premio Nobel de Física Ivar Giever, noruego, ha discutido categóricamente la falta de rigor en las temperaturas medias proporcionadas por el IPCC, como es comprobable en la red.

Paralelamente diversas organizaciones y personajes públicos interesados económicamente en una utilización sesgada de la energía han realizado campañas de concienciación social utilizando las imágenes del deshielo habitual del Polo Norte en verano, como si fueran debidas al nuevo calentamiento. También han ocultado los datos estivales en los años en que se corregían los deshielos precedentes. Al mismo tiempo se ha amenazado, en campañas de video y prensa, con subidas del nivel del mar debidas al deshielo estival del Polo Norte, cuando es imposible ese incremento con un agua que en su mayor parte no es continental.

Por si todo esto fuera poco, la trayectoria de la amenaza ha estado teñida de irregularidades. Al observar que el mundo no se calentaba perceptiblemente, se dejó hábilmente de hablar de la amenaza del calentamiento global para sustituirlo por la del cambio climático. Es obvio que el clima cambia constantemente. La meteorología es un fenómeno caótico que genera cambios por sistema. Si se acusa subliminalmente al hombre de ser el culpable de ellos ya tenemos el caldo de cultivo de los falsos profetas. Si la Tierra no se calienta, no importa. El clima sí cambia. Y como lo hace por un hombre culpable, obliguémosle a pagar por ello.

En la lucha por la desinformación no solo han participado los seguidores de la nueva religión. También sus adversarios han acusado de falsificadores a determinados meteorólogos que usaban registros históricos de temperaturas hábilmente manipulados para demostrar que la industrialización ha causado el cambio del clima.

En 2009 surgió el *Climagate*, en la universidad de *East Anglia*, por un *hacker* que accedió a los correos internos y denunció la falsificación de datos, sin el menor pudor, para sustentar los artículos científicos que pretendían demostrar un cambio climático. Hay que tener en cuenta que las temperaturas urbanas evolucionan con el desarrollo y las calefacciones. Eso justifica corregir las medidas reales con factores elegidos a conveniencia de varios grados por ciudad que enmascaran cualquier cambio inferior al grado. Pero todo eso ha sido discretamente ocultado y, tras el escándalo inicial, la universidad corrió un tupido velo.

Keeling murió en 2005 y su hijo Ralph heredó las mediciones de Manu Loa. Paradójicamente, aunque durante el confinamiento del COVID-19 el consumo de combustible fósil ha caído radicalmente, el CO_2 medido ha continuado impertérrito su subida como si nada hubiera cambiado. Su gestor, Ralph, tiene cuestionada su objetividad desde que tuvo que reconocer que había manipulado unas temperaturas oceánicas publicadas en la revista *Nature*. La obsesión por hacer triunfar una tesis científica a cualquier precio es otra de las hostilidades ambientales que la Naturaleza se encarga de propiciar a través de nuestras mentes.

Nada de esto es relevante. El negocio económico de la descarbonatación y la conquista de votos en el ámbito político, gracias a la defensa del planeta, son demasiado importantes para que un simple razonamiento científico lo demuela. La pléyade de investigadores que cuestionan el cambio climático antropocéntrico es tildada de negacionista. Herejes de una nueva religión. Y de nada vale un argumento científico. En realidad, tampoco hay unanimidad entre ellos a la hora

de negar la amenaza. Existen también muchos profesionales de la Ciencia que consiguen ayudas a la investigación para encontrar soluciones al problema. En el mundo actual la Naturaleza también hostiga con el divide y vencerás de los hombres de la Ciencia.

Ese escenario se superpone a un escenario mundial en el que los países más generadores de CO_2 atmosférico, hacen caso omiso de las amenazas climáticas y siguen impertérritos sus caminos. Puede que el descontrol en el precio de la energía, sometida a tantas restricciones, sea un factor que contribuya a poner sensatez en su gestión en países cuyo impacto atmosférico es irrisorio. Desde luego no tiene sentido que Europa haya sido la más fiel defensora de acabar con el CO_2 cuando los grandes contaminantes son China y USA.

Pienso que no debemos tirar la toalla. El mundo académico debe levantar la voz y no rendirse porque sabe que constituye una punta de lanza contra la decadencia. Entre todos debemos a contribuir a enardecer a la sociedad en su lucha contra su degradación como miembro de una especie hostigada permanentemente. Nuestra voz ha de estimular a nuestros pueblos para que no abandonen su batalla contra la hostilidad ambiental, sepan que su futuro depende de su actitud y exija de nuestros gobernantes que no nos conduzcan a una decadencia que a ellos les da votos, pero a nosotros nos conduce al fracaso como pueblo.

Y para esa pelea, hoy se incorpora a nuestras filas un gran general. Don Rafael Miranda.

He dicho.